

## Talento

Muchos de los alumnos de la señorita Hempel participaban en la función de aquella tarde, pero ella no salía en la obra, cosa que, en el fondo, la decepcionaba. Además, a su alrededor todo le recordaba el acontecimiento: en la reunión de aquella mañana se había producido algo parecido a un anuncio en vivo cuando tres niñas de octavo se levantaron y gritaron al unísono: «¡Las entradas se venden en la puerta!»; para colmo, todas las paredes del colegio estaban llenas de los carteles rosas de la función, pegados de mala manera, y la señorita Hempel había recibido varias notas de padres o madres diciendo cosas como esta: «Le ruego disculpe a Louisa, era tan tarde cuando acabó de ensayar que tendrá que entregarle los deberes el lunes».

A la hora de tutoría, Adelaide Burr arrinconó a la señorita Hempel para contarle cómo era su disfraz. Adelaide era una niña con mucha sensibilidad para el baile. En su primer trabajo de arte hizo de *collage* viviente (todo el cuerpo embadurnado en purpurina azul, con los brazos y las piernas contorsionados), un homenaje a la

vida y a las aportaciones de Martha Graham, y el segundo trabajo, un monólogo dramático, estaba basado en el *best seller* de una bailarina que, tras varios fracasos amorosos, desarrolló una grave adicción a la cocaína.

—¡Imagínese! —le dijo a la señorita Hempel.

Entusiasmada con la idea, Adelaide se daba palmadas en los muslos como si se hubieran incendiado sus pantalones cortos. La señorita Hempel estaba convencida de que los cuerpos de sus alumnos tenían vida propia y que por eso a veces hacían cosas rarísimas, como salir volando de repente, simplemente porque les apetecía. Pero ese día Adelaide le contó que había coreografiado un solo del *Claro de luna* de Beethoven. Al parecer, se había subido al taburete de la cocina, haciendo «peligrosos equilibrios», según sus palabras, para arrancar del techo de su cuarto las estrellas fosforescentes que lo adornaban.

—Las he incorporado a mi baile —añadió en tono misterioso.

Y luego, cómo no, Adelaide le hizo prometer a la señorita Hempel que iría a verla. Durante todo aquel día, el edificio parecía vibrar, rebosante de actividad. Las chicas mayores bajaban saltando las escaleras, blandiendo sus medias como banderolas de malla negra. El señor Spiegelman, que llevaba la kipá judía algo ladeada, iba empujando el piano de cola hacia el auditorio. Desde las profundidades de la zona de ciencias, un trombón berreaba una versión algo desamparada de la canción popular «Luck Be a Lady». Cuando la señorita Hempel fue al baño, vio que en los bordes de los lavabos había unos tarros de brillo para los labios. Las niñas llevaban desde el ensayo de la mañana sin quitarse el maquillaje,

y de lo nerviosas que estaban, se habían pasado el día haciendo gestos raros, aleteando las pestañas cargadas de rímel negro, estirando la boca reluciente sobre la hilera de dientes blancos. Se trataba de una experiencia completamente nueva para ellas.

Justo antes de la función, la señorita Hempel rebuscó por el fondo de su bolso y dio con un pintalabios olvidado allí hacía tiempo. El tono era un elegante marrón, y cuando estaba agazapada en la sala de reuniones, encorvándose para verse mejor en el espejo de la polvera, pensó: «Narcisista». Pero luego se corrigió a sí misma. «Vanidosa» le parecía una palabra más adecuada, aunque no la hubiera incluido en el vocabulario de ese mes. Bien pensado, «anodina» quizá fuese aún mejor. Mientras reflexionaba sobre ello se pasó energicamente la yema del dedo por los dientes. A las puertas del auditorio había padres esperando, apiñados como animales nerviosos de un rebaño hambriento; y había que sonreírles al pasar.

Según el programa, la primera artista de la tarde era Adelaide. Bajo su nombre ponía en letra cursiva: «Quiero dar las gracias a mi familia y a mis amigos por haber creído en mí». El escenario estaba a oscuras cuando su alumna entró; las estrellas fosforescentes que llevaba pegadas en la tripa de su malla rosa brillaban con una apatía mortecina. Como las estrellas ya casi no tenían adhesivo, porque la mayor parte se había quedado en el techo de la habitación, Adelaide se las había pegado con un celo transparente que reflejaba los *flashes* de la máquina de fotos de los padres, haciéndola relucir como un extraño anfibio con una tripilla infantil y los dos diminutos bultos del pecho. Un nervioso foco azul la se-

guía por el escenario, brincando hacia delante cuando parecía que Adelaide fuera a dar un salto, cosa que hacía a menudo, además de desplomarse metódicamente sobre el suelo del auditorio. Durante toda su actuación, su alumna parecía estar mirando alguna hermosa escena lejana que solo veía ella. En general, aquella danza era incoherente. De pronto, a la señorita Hempel le recordó la clase de introducción a la música de tercero de básica, con el señor Freducci, un curioso individuo que subía el volumen del tocadiscos, apagaba la luz y les decía en tono amenazante que cerraran los ojos y caminaran por el aula para aprender a apreciar la melodía. En la penumbra del teatro, sentada en el extremo de su silla plegable, la señorita Hempel intentó ver a Adelaide como algo hermoso, plateado y etéreo, como un rayo de luna o una ninfa de los bosques, pero al final llegó a una conclusión: Adelaide era hermosa por dentro y el resto tendría que ir sincronizándose. Y es que la señorita Hempel admiraba a su alumna Adelaide, que, con su mirada bizca y sus rarezas, podría haber sido una desarraigada, pero casi siempre tenía bajo control su mirada errática y hasta había logrado reunir una pequeña corte de admiradores.

Las siguientes niñas que salieron sí que eran bellas, pero las tres, que estaban en noveno, se quedaron petrificadas nada más salir al escenario, formando una fila maltrecha mientras esperaban a que empezara la música. Llevaban unos relucientes pantalones tipo *leggin*, en tímidos tonos pastel, que silbaban con cada movimiento de pierna. En cuanto a la parte de arriba del atuendo, más estudiada de lo que parecía, consistía en que por el escote de la camisola de algodón les asoma-

ban las tiras negras del sujetador. Al verlas, la señorita Hempel se acordó de su propio sostén, que llevaba todo el día rebelde, dejándole caer el tirante sobre el brazo en los momentos más inoportunos. Desde luego, era un alivio estar sentada a oscuras. Como profesora, se sentía objeto de un escrutinio feroz, porque a los niños, que se pasaban todo el día mirándola, no se les escapaba absolutamente nada. Y la señorita Hempel siempre tenía el pelo lleno de tiza, un polvillo blanco que, en alguna ocasión, le dibujaba dos niveos pezones sobre la ropa cuando se ponía de puntillas para escribir los deberes en la parte de arriba de la pizarra. Algunos días la atención constante de los niños le parecía maravillosa, pero otros le resultaba agotadora y por eso aquella tarde estaba saboreando tanto el hecho de ser una más entre el público.

Las niñas brincaban con torpeza por el escenario, pero sus movimientos estaban perfectamente coordinados, como delataba la tensa concentración de sus pequeños rostros. De vez en cuando, una voz gritaba desde las butacas: «Bravo, Jane», y la chica de turno alzaba la vista, emocionada. La música parecía una cancioncilla conocida y agradable, pero al fijarse, la señorita Hempel se dio cuenta de que era la historia de un hombre que tiene una erección mientras está bailando con una mujer que le gusta mucho. La letra decía: «Chica, ya sé que lo has notado. Chica, ya sabes que no puedo evitarlo». La señorita Hempel se quedó helada, porque, una vez más, estaba en una posición delicada: era lo bastante joven como para entender la letra a la perfección, pero también tenía una edad como para escandalizarse ante aquella escena. Si fuese una adulta convencional, las palabras le resultarían ininteligibles y el volumen de la

música le parecería insoportable. En ese momento la chica del coro estaba cantando: «Cuando notas ese bul-too-ooooo pegado a ti». Al oírla, la señorita Hempel miró de reojo a las filas de padres y madres sentados a su alrededor, pero no parecía importarles lo más mínimo. De hecho, ni siquiera parecían haberse dado cuenta. El auditorio entero fruncía el ceño, como era costumbre en las funciones del colegio, porque los padres y las madres querían ver en sus hijos lo que ella había intentado ver en Adelaide: gracia, talento y don de gentes.

Pero si los padres consiguieran entender la letra de la canción, ¿les parecería aceptable? En cuanto a la señorita Hempel, ya llevaba un tiempo intentando aprender lo que se podía considerar apropiado y lo que no, pero aún le costaba dilucidarlo. Por ejemplo: ¿era apropiado reírse cuando un niño se tiraba un pedo en clase? ¿Y que una profesora de secundaria como ella, por ejemplo, se pusiera ropa ceñida? No se podía decir que la señorita Hempel fuera una gran profesora, eso lo tenía clarísimo. Siempre usaba tretas facilonas para hacerse la simpática, como acabar la última clase del viernes unos minutos antes de la hora, empezar el curso leyendo el famoso poema de Philip Larkin sobre cómo te joden la vida los padres, o fingir no enterarse cuando los niños hacían parodias tan crueles como precisas de los demás profesores que, al fin y al cabo, eran sus compañeros de trabajo. Además, sobornaba a sus alumnos con chocolatinas. Y se desvivía por conseguir que la elogiaran. Y tenía el firme propósito de decorar el aula con fotos de grandes mujeres escritoras, pero parecía incapaz de cumplirlo.

Además, a mitad del segundo curso había descubierto que los deberes que ponía a sus alumnos eran una plaga masoquista que multiplicaba por diez su propio trabajo. Es decir, que cuanto menos trabajo les diera a ellos, menos trabajo le tocaría a ella. Sabía que otra profesora de lengua de su colegio había dado con una ingeniosa solución: el debate. Siendo una actividad que requería cierto rigor intelectual, no exigía acarrear varias pilas de papeles a casa para corregirlos. Bastaba con escuchar a conciencia y fingir que tomaba un sinfín de detalladas notas en el cuaderno de evaluación del alumno. Sin embargo, la señorita Hempel descubrió enseguida que no tenía estómago para aguantar un debate con los alumnos de octavo. Para empezar, había que leer muchos periódicos, cosa que nunca le había gustado, y luego a los alumnos les daba por teorizar sobre lo mucho que sabían los terroristas de armas químicas, o sobre las atrocidades que cometía la policía de Nueva York, o sobre la acumulación de residuos tóxicos en los barrios residenciales, asuntos que no acababan de convencerla, aunque no tuviera la suficiente seguridad en sí misma como para atreverse a corregirles. El Aula de Debate de noviembre se convirtió en una tormenta ensordecedora de información errónea, gran parte de la cual le pareció no solo horripilante, sino peligrosa para la tranquilidad y el bienestar espiritual de sus alumnos. Por ese motivo, acabaron volviendo a la lectura de novelas y poemas, territorio en el que se movía con mucha más soltura. Tal vez gran parte de la literatura que leían se podía considerar lúgubre y deprimente, pero la ficción no era tan imitable, es decir, que resultaba sumamente improbable que alguno de sus alumnos acabara tirado en una isla

desierta o trabajando de temporero en una granja siniestra en medio de la nada.

Su gran estrategia era el test sorpresa, porque se podía corregir viendo la tele y porque a sus alumnos les daba más respeto de lo que pudiera parecer. Además, el test sorpresa constituía una fuente de placer en sí mismo, cosa que recordaba de sus tiempos como alumna. Ahora que ya era profesora, entraba ufana en clase, abrazada al taco de tests en blanco, notando en el pecho el calorillo de las fotocopias recién hechas, y les anunciaba con voz cantarina:

—¡Os traigo una sorpresa!

La clase soltaba un enorme quejido, sincronizado como el de un coro griego, pero guardaban todo lo que tenían encima de los pupitres y afilaban los lápices con sus diminutos sacapuntas de plástico, curiosa actitud entre la resignación y la avidez que ella recordaba haber vivido cuando era pequeña. Al fin y al cabo, ¿qué era un test sino un compendio de todo lo que un colegio tenía de fiable? Es decir, una línea sobre la que escribir tu nombre, diez preguntas, varios espacios en blanco y la posibilidad de subir nota con las preguntas optativas del final.

Algunos alumnos, por supuesto, no salían bien parados del asunto. Unos refunfuñaban entre dientes, otros se echaban a llorar. Y algunos incluso escribían su nombre en la parte de arriba de la hoja con una gran *S* mayúscula remarcada en negro: los suspensos confesos. El niño que acababa de salir al escenario acarreado un *di-yiridú* australiano estaba incluido en este último grupo. Era Edward Ashe, un niño prodigio que había pasado de tocar el piano de oído a convertirse en un estudiante

de octavo sumido en un estado catatónico solo interrumpido cuando ella se le acercaba al pupitre. Tenía los ojos más grandes que la señorita Hempel había visto en su vida y los abría como el diafragma de una cámara en un día nublado, con un gesto cargado de ingenuidad y de sorpresa, que parecía estar diciendo: «¿De verdad nos mandó leer el capítulo dos?». Su pánico era tan auténtico como chapuceras sus excusas, que no le convencían ni a él, por lo que Edward solo podía dar pena, así que la señorita Hempel se alejaba de su pupitre y anotaba otro cero junto a su nombre en su cuaderno azul. Ella no era partidaria de la humillación como técnica, cosa que otras profesoras hacían con notables resultados; en su opinión, ya había bastantes niños infelices en el mundo.

A Edward, por ejemplo, le entusiasmaba Scott Joplin y hasta había compuesto valeses con ritmo de *jazz*, cosa que a la señorita Hempel le costaba creer, porque no conseguía imaginarlo sentado ante el teclado, creando música con las manos mientras seguía el ritmo con el cuerpo. El Edward que ella conocía se movía con una languidez que rozaba la ausencia absoluta de movimiento. Al acabar una clase, mientras los demás alumnos se abalanzaban en tromba hacia la puerta, él se quedaba en su sitio, parpadeando a sus anchas. Y jamás tocaba el piano, pero de vez en cuando le entraba un ansia abrumadora de comunicarse con los demás. En la hora de tutoría conseguía entretener al público, levantándose la camiseta, que sujetaba con la barbilla mientras tragaba grandes cantidades de aire hasta lograr simular un embarazo, con el tripón convertido en una oronda cúpula de piel nivea sobre el edificio de sus pantalones de pana. También tenía otro truco que consistía en sacarse

un hilo de la nariz. A todos sus compañeros les encantaba ese numerito, pero la señorita Hempel era incapaz de mirar mientras lo hacía. Para colmo, Edward se había enterado de que su profesora compartía con él la excentricidad de tener una serpiente como mascota. Además, los dos tenían la misma especie: una boa *constrictor* roja. A la señorita Hempel se la habían traído de Colombia. Por eso a veces Edward la sorprendía, durante la comida o al cruzarse en la puerta de la biblioteca, preguntándole a bocajarro:

—¿Qué tal se porta?

La señorita Hempel siempre tardaba unos segundos en entender a quién se refería.

—Ah, está muy bien —le acababa diciendo—. Anoche mudó la piel.

Cuando quería, Edward escribía de maravilla, contando las historias desde el punto de vista de los amados animales que tenía en su casa: tres tarántulas, una pitón real y una boa *constrictor*. Su protagonista preferida era la tarántula hembra, que se llamaba *Jenny*. «Anochece. La araña se despierta porque le duele la tripa de hambre. Estirando las patas peludas, echa un vistazo a su alrededor para ver si algo se mueve en la arena. ¡Viva! Acaba de oír un crujidito a lo lejos. Es un grillo. ¡Un grillo fantástico que le va a saber riquísimo!» En otro cuento, describía a la tarántula *Jenny* encerrada en su caja de cristal, mirando afuera con tristeza. Ha descubierto una araña común suspendida en el aire, tratando de bajar del respaldo de una butaca. La tarántula envidia su ingravidez, ese don de flotar en el aire. Al contemplar a la liviana araña, *Jenny* lamenta su incómodo tamaño, que la mantiene varada en tierra. Para alejarse

de la luz implacable de la lámpara de infrarrojos, la tarántula se oculta a la sombra de una piedra del terrario, pensando: «¡Ojalá fuera una acróbata capaz de volar por los aires!». Al final del cuento, Edward aclaraba una serie de cosas con una nota a pie de página: «Este cuento no es realista. Las arañas tienen muy mala vista. *Jenny* no sabe que vive en una caja de cristal».

Y ahí teníamos al escritor, en plena actuación. ¡Vivir para ver! Eso era lo milagroso, que algunos niños acabarían encontrando su lugar en el mundo. De pie sobre el escenario estaba Edward, un alumno de décimo, atractivo y dueño de sí mismo, que tenía entre las manos un gigantesco tubo de madera del que extraía con los labios unos hermosos sonidos que parecían de otro mundo. Los niños del público empezaron a patear el suelo para jalearlo.

—¡Ed! —aulló alguien, alargando mucho la vocal.

La señorita Hempel se dio cuenta de que Edward estaba haciendo un verdadero esfuerzo para que no se le escapara una sonrisa mientras el extraño aullido vibraba en el aire. Y, de pronto, recordó el regalo de despedida que le hizo Edward al acabar octavo, el último día de curso: la caja, primorosamente envuelta en un papel de seda de color violeta, le vibró entre las manos y el temblorcillo le bastó a la señorita Hempel para saber de qué se trataba. A través del cartón y del envoltorio se intuía la agitación de un ser vivo.

—¡Uy, Edward! —exclamó—. ¡Una rata!

Aquel fue el regalo más atento que recibió en todo el año. En cuanto llegó a su casa, se lo dio de cenar a *Marquez*, la boa.

«Mi muslo lechoso se mueve hacia arriba para encon-

trarse con mi mejilla.» Eso era lo que había escrito. ¿Cuál era el enunciado del ejercicio? «Una descripción de cómo soy yo.» A partir de entonces, siempre que le veía pensaba en aquel epíteto. En ese momento, al verlo acarrear el *diyiridú* hacia la salida del escenario, se imaginó los músculos de sus glúteos contrayéndose bajo los vaqueros. La señorita Hempel se balanceó sobre el asiento con disimulo; las medias se le habían ido deslizando caderas abajo y estaba deseando poder subírselas de un tirón, pero tenía al lado al señor Roth, cuya áspera chaqueta le rozaba el brazo constantemente, y poco más allá estaba la señora Pierpont, que le dedicaba una sonrisa cómplice cada vez que el chico o la chica del escenario cometía alguna torpeza típica de la niñez. Entretanto, las medias se le iban bajando cada vez más.

El público recibió al siguiente artista con gritos y silbidos. Era el señor Polidori, que, por tercer año consecutivo, había vuelto a salir en el anuario como el profesor más *sexy*. Aquello tenía aún más mérito del que parecía, porque enseñaba física, una materia considerada muy poco *sexy* y, además, el señor Polidori tenía fama de duro a la hora de puntuar, pero se ponía unas camisas de tela sintética con el cuello desbocado, llevaba unas gafillas pequeñas y resultonas, y se había dejado largas las patillas. Además, tocaba una guitarra de sedoso color negro que, precisamente en ese momento, tenía sobre las rodillas. Como el griterío continuaba, el señor Polidori alzó las cejas como si estuviera sorprendido y luego inclinó la cabeza sobre las clavijas que servían para afinar las cuerdas.

Una buena actuación, aunque a la señorita Hempel no acabara de convencerle. En una ocasión, en el comedor de los profesores, el señor Polidori le dijo que el señor

Peele, el director del colegio, parecía un gigantesco pene andante. «¿Por qué eres profesor si no tienes resuelto el tema de la autoridad?», pensó ella al oírle, pero quizá había decidido ser profesor precisamente por eso, se dijo al reflexionar sobre el asunto. El señor Polidori se desvivía por llevar las normas al límite. Con sus vaqueros y sus zapatillas Converse, llegaba siempre tarde a las reuniones de profesores. Reconocía haber copiado en los exámenes del instituto. Lo cierto era que muchos de sus compañeros habían hecho lo mismo. Siempre que salía el tema de la ética, alguien acababa justificándolo, diciendo:

—Bueno, eso lo hemos hecho todos, ¿verdad? ¿Quién no ha echado un vistazo al examen del de al lado? ¿Quién no ha copiado algún párrafo de una enciclopedia? ¿Y qué decís del socorrido trabajo escolar de un hermano mayor?

Pues no. La señorita Hempel no había copiado jamás. Desde pequeña, cuando estaba en segundo o tercero, ya tenía muy claro el concepto de propiedad intelectual. Como se consideraba una «pensadora», habría sido incapaz de presentar como propio el trabajo de otra persona. Apenas puso los pies en el colegio tomó conciencia de estar llevando a cabo una actividad mental de gran envergadura. Fue su padre quien le transmitió la idea de que una labor intelectual es más valiosa que las demás.

Eso era lo triste y lo difícil de la enseñanza. Saber captar la atención de los alumnos, emplear el castigo de manera adecuada y lograr que te quisieran pese a todo era lo que siempre parecía ir en primer lugar. A menudo la clase se le acababa antes de haber logrado transmitirles nada semejante al conocimiento. ¿Y qué decir de su pro-

pio desarrollo intelectual? A decir verdad, la mayor parte del tiempo estaba demasiado cansada. El señor Polidori, pese a sus excentricidades, se quedaba hasta las seis o las siete de la tarde preparando sus clases prácticas en el laboratorio e imaginando nuevas formas de demostrar las leyes de la gravedad y el movimiento. A esas horas ella ya estaba sentada delante de la tele, pasando los dedos entumecidos por los tacos de tests pendientes de corregir. Y el profesor de física tampoco andaba tan desencaminado en la semejanza del señor Peele con un pene, ya que era un hombre alto, ímprobo y con una cresta de pelo desgalichado.

En ese momento el señor Polidori estaba tocando su guitarra acústica con un estilo introvertido a base de notas discordantes intercaladas con vehementes ráfagas de punteos. El público irradiaba admiración y las niñas se alegraban al descubrir que bajo su conducta a menudo cáustica había un músico sensible y con talento. La señorita Hempel también le admiraba; al fin y al cabo, él estaba subido a un escenario mientras que ella estaba sentada en una silla plegable perdida entre las sombras del auditorio.

Su queridísima Cilla Matsui, que se untaba las manos de gel antibacteriano antes y después de cada clase, le había preguntado esa misma mañana:

—¿Y usted por qué no sale en la función, señorita Hempel?

En ese momento ella estaba copiando una lista de adverbios temporales en la pizarra.

—¿Yo? —dijo—. ¡Uy, sería incapaz, Cilla! ¡Si ya no tengo talento para esas cosas!

Y era verdad. En esa ocasión, no lo decía para arran-

carle una alabanza a una alumna. Eso era lo maravilloso del colegio, pensó. De pequeña, podías tener un talento infinito y ser una promesa. Si clavabas un examen de matemáticas, estaba claro que acabarías en la NASA. Si el director del coro te pedía que cantaras un solo en el concierto de Navidad, ibas a ser la siguiente Mariah Carey. Si metías un gol, ganabas un concurso de poesía o salías en una obra de teatro. Y podías ser todo a la vez: actriz, astrónoma, gimnasta, cantante, hasta que notabas que ibas perdiendo tus dones, como un pájaro al mudar de plumaje. De pronto, las clases de violonchelo eran incompatibles con los entrenamientos de fútbol. Decidías que en el grupo de debate ya no quedaban plazas. Y el cálculo te seguía pareciendo un misterio impenetrable. Hasta que un buen día te dabas cuenta de que no había nada que se te diera realmente bien.

—Claro que tiene usted talento —protestó Cilla Matsui, que, tras reflexionar un instante, añadió—: ¡Es una profesora *afable*!

Sus palabras lograron conmover a la señorita Hempel. La palabra «afable», sin embargo, no significaba lo mismo que «eficaz», pese a que ella misma la había incluido en la última lista de vocabulario. Tenía claro que no era una profesora eficaz, pero dedicarse a la enseñanza la incapacitaba para todo lo demás: no era buena amiga (no devolvía las llamadas de teléfono), ni buena amante (cuando estaba en pleno coito de pronto se le materializaba la cara sonriente de un alumno), ni buena ciudadana (nunca tenía tiempo para leerse todos los programas electorales antes de ir a votar). Si había elegido la enseñanza era porque parecía brindar grandes posibilidades de ocio así como la satisfacción de poder hacer



algo noble y gratificante. Cuando descubrió su error ya era tarde; la enseñanza se había apoderado de ella como una infección leve pero inexorable; sus alumnos poblaban sus sueños, su vida privada, su manera de hablar. Usaba las mismas expresiones que ellos. Por ejemplo, «gueto» hacía referencia a todo lo que fuera cutre, viejo o inútil. «¡Qué harta me tiene este contestador de gueto!», exclamaba en la soledad de su piso. Cualquier exageración era «una locura». «¡Este sitio es una locura de caro!», decía al mirar el menú de un restaurante. Y «sin duda» lo usaba con frecuencia para indicar su aceptación absoluta de algo. Le consolaba pensar que se trataba de un intercambio mutuo, pues ellos, sin darse cuenta, también habían adoptado las expresiones de ella. Una vez oyó a Michael Reggiani describir con cariño a Julius Garcia Jonson como una persona «irremediable». Y cuando a Kia Brown la mandaron ponerse al final de la cola del comedor, dijo: «¡Estoy *furibunda!*». Con todo, eran ellos quienes se habían alzado con la victoria, colgando su blasón de la torre más alta del castillo, pues habían logrado corromperla hasta en su impecable ortografía. La señorita Hempel, la Reina de la Gramática de su instituto, ahora confundía «desecho» con «deshecho», y comenzaba las preguntas con un «porqué». Era como una guerra de desgaste; los errores más colosales, vistos una y otra vez, acaban asumiendo una apariencia correcta.

Por eso ahora ponía *n* antes de *p*. Y se compraba pintañas de color azul. Y los niños que mejor le caían eran los mismos de los que se enamoraban sus alumnas. Esa tarde, Jonathan Hamish, que estaba castigado a quedarse en el colegio después de clase, estiró un brazo y le

agarró la mano. Era un gesto para conseguir que ella dejara de tomarle el pelo. Durante varios segundos, los dedos peguntosos de Jonathan le apretujaron la mano, cosa que, sin quererlo ella, le aceleró el pulso.

La señorita Hempel había castigado a Jonathan Hamish y a Theo McKibben porque se estaban dando puñetazos en clase. Aunque se tratara de golpecitos cariñosos, sin maldad alguna, ya les había hecho varias advertencias sobre el asunto. De modo que, con su cordialidad habitual, les dijo:

—Después de clase quiero hablar con vosotros.

Pero resultó que Jonathan y Theo estaban metidos en un lío mucho más gordo, porque el día anterior habían tenido un encontronazo con la policía. En comandita con otro grupo de incorregibles, se habían dedicado a incordiar al dueño de una pizzería de la Séptima Avenida, dando patadas a los cubos de basura que había delante de la puerta y haciendo muecas con la cara pegada a los cristales del establecimiento. Al parecer, era un acto de venganza por haberlos echado cuando le llenaron una mesa de queso parmesano. El hombre llamó a la policía, pero cuando apareció el coche-patrulla ya se habían marchado todos menos Theo, un chico con cara de pan, inocentón y cachazudo.

—¿Es verdad lo que me han contado? —les preguntó la señorita Hempel.

Cuando sus dos alumnos se presentaron para cumplir con el castigo, ellos mismos le contaron la historia, al principio con reparos y luego con manifiesto regodeo.

—Se nos cayó un poco de queso en la mesa...

—Puede ser que tropezara con uno de los cubos de basura al salir...

—Todo el mundo sabe que ese tío odia a los niños...

Y lo explicaban con un aire tan digno y furibundo que la señorita Hempel no pudo evitar cierta ironía al apretar los labios, fruncir el ceño y poner los ojos en blanco.

—Claro, claro —dijo—. Os acusan por error. A vosotros dos no se os pasaría ni por la cabeza hacer una cosa así.

Fue en ese momento cuando la mano de Jonathan salió disparada y aterrizó sobre la mano que la señorita Hempel tenía apoyada en la mesa.

—¡Es verdad! —exclamó el chico.

La mano desapareció tan aprisa como había aparecido, pero las protestas continuaron. Para Jonathan, aquel gesto no debió de tener la menor importancia, pensó ella; simplemente era otra convulsión corporal, tan frecuentes entre sus alumnos: un impulso, un gesto de acercamiento espontáneo, como les pasaba a menudo durante un examen, cuando estaban tan ensimismados que, para pedirle ayuda, levantaban la mano y decían:

—Mamá...

Jonathan Hamish no salía en la función, ni ganas. Era el alumno más díscolo y alocado de todo octavo. Ya le habrían echado del colegio de no ser porque su madre era la profesora de francés, una mujer ojerosa de bellos ojos y de pelo esponjoso, que se recogía con un lápiz como horquilla. Antes de tenerle como alumno, la señorita Hempel ya había oído hablar mucho de su hijo, al que se atribuía una violencia impredecible, una gran crueldad con los débiles y los desarraigados.

—Si se le ve en los ojos —decía el señor Radovich, el profesor de matemáticas de sexto—. Ese niño es distinto de los demás gamberros.

Jonathan tenía los ojos de color azul pálido, con las mismas ojeras que su madre, que casi parecían pintadas a carboncillo. Al parecer, le costaba dormir de noche y se dedicaba a saltar por el pasillo de su casa dando palmotadas en la pared. Su padre era un actor de teatro especializado en Noel Coward, y gay, cosa que a su hijo le aterraba que llegara a saberse, según contaba la madre. Jonathan dedicaba su tiempo libre a hacer cuatro deportes distintos y era de esos niños que dicen «maricón» todo el rato, pero adoraba a su padre y corría tímidamente a sentarse a su lado siempre que el señor Hamish lograba escaparse del teatro para ver alguno de sus partidos.

Jonathan tomaba dos medicaciones distintas tres veces al día, y se le notaba de lejos cuando se saltaba alguna dosis: le brillaban los ojos, echaba la silla hacia atrás hasta que las patas delanteras se alzaban quince centímetros sobre el suelo, o se le saltaba el lápiz de la mano como si tuviera vida propia. La señorita Hempel descubrió que debía tenerle entretenido sin cesar para que no pudiera fastidiar a los de su alrededor, imitar a Homer Simpson a gritos, comerse los sobres de azúcar que robaba del comedor o abrirse la cabeza al caerse de la silla. Así que muchas de las preguntas se las hacía a él y siempre le mandaba leer cosas en voz alta. La señorita Hempel sabía que era injusto ignorar al mar de rostros frustrados, con las correspondientes manos moviéndose con frenesí en el aire, pero también sabía que, en el fondo, todos la disculpaban, cosa que a ella le enternecía profundamente. Aquello confirmaba su intuición de que los niños, pese a su fama de insensibles, tenían una enorme empatía.

En eso Jonathan era un niño como los demás, pues su sensibilidad le hacía identificarse plenamente con los personajes de los libros que leía. Le encantaba Lennie, un gigante agresivo y torpón al que defendía indignado cuando alguno de sus compañeros le llamaba subnormal. Y le entusiasmaba Mercucio, el personaje de Shakespeare.

—Se hace el listillo, pero es un buen amigo —decía—. Vamos, un hombre de verdad —murmuraba cuando ponían la película en clase.

Holden Caulfield, en cambio, le sacaba de quicio.

—Es un auténtico desastre —decía—. Qué asco lo mal que lo hace todo. No controla nada.

Era tal su indignación que resultaba casi imposible seguir hablando del tema en clase.

—¡Es un inútil! —bufaba, interrumpiendo a quien estuviera hablando—. ¿Hasta cuándo vamos a estar con esta chorrada de libro y con este tío tan imbécil?

Una vez más, logró sorprender a la señorita Hempel, que había abrigado la esperanza de que a Jonathan le cayera bien Holden, por considerarle una especie de alma gemela. Qué tontería, pensó después, inclinada sobre el lavabo del aseo del colegio, con el grifo abierto a tope para que no la oyeran llorar los demás profesores. Precisamente por eso odiaba Jonathan a Holden Caulfield, porque se parecían.

A todas sus alumnas les encantaba Jonathan Hamish y siempre había alguna que se acercaba a la señorita Hempel a hablarle del tema.

—Sabe que su padre es gay, ¿verdad? —le decía al oído la chica de turno—. Y el pobre lo lleva fatal. Qué pena me da.

Qué chicas, con solo trece años tenían algo de aves rapaces, pero su tierno corazón ya mostraba una propensión hacia los seres torturados, melancólicos, rebeldes. Todas revoloteaban en torno a Jonathan, cautas pero hambrientas, cada una de ellas abrigando la secreta esperanza de poder domarlo para conseguir que comiera mansamente de su mano. Tenía algo irresistible con lo que no podían competir los graciosos, los gamberros ni los tarados; en la maldad de Jonathan había algo permanente y profundo. Lo que le distinguía de los demás era la vergüenza, porque su mala conducta no le aportaba ningún placer. Cuando sus compañeros de clase recordaban alegremente sus travesuras —¡Jonathan le ha tirado un *bagel* de arándanos a la cabeza al señor Kennedy! ¡A Jonathan le han echado del aula de teatro dieciséis veces, una por semana!—, él torcía el gesto y se encerraba en sí mismo, negándose a mirar a la señorita Hempel a la cara. No disfrutaba del triunfo que le otorgaban sus compañeros de clase. Al contrario, parecía hartado de portarse mal; su conflicto interno era diario y agotador. La señorita Hempel veía perfectamente que su cuerpecillo se resentía de ese esfuerzo que le dejaba dos medias lunas cenicientas bajo los ojos. Había días en los que se agarraba con tanta fuerza al borde de la mesa que se le ponían los nudillos blancos, como para defenderse de una tormenta brutal e implacable que quisiera llevárselo por los aires. En esas ocasiones, ella acababa poniéndole una mano en el hombro por miedo a que realmente fuera a salir volando, con la esperanza de que su mano sirviera de ancla.

Pero el día de la función del colegio, Jonathan no estaba. La señorita Hempel paseó la mirada por las filas de asientos, aunque sabía que no lo iba a ver.